

perar del espectáculo que difunde la desvergüenza, el insolente desparpajo, la indecencia, y todo cuanto hasta ahora ha distinguido á las cortesanas de las que no lo son.

Sin embargo, en medio de tanta confusion y de tanto embrutecimiento, me queda un consuelo, y es que el estado de la literatura y del gusto ha llegado á tal extremo de estupidez, que no puede llegar á peor, y que por lo tanto, como todo pasa, se acerca la justa y favorable reaccion, la vuelta del buen gusto y de algo que nos permita respirar un poco en ambiente más puro.

No es la literatura el único arte que está abatido; tambien la música, tambien la pintura y la arquitectura sufren una de aquellas intermitencias horribles.

El teatro de la Ópera tuvo que cerrarse al principio de la temporada; el Liceo de Barcelona tronó al poco tiempo de abrirse, y solo se ha oido con gusto la música de Offenbach, no porque sea buena, sino porque está adaptada á las obras bufas.

No hay duda que Offenbach es un génio en su género, y que sus composiciones, hasta las más ligeras, no carecen de gracia y de encanto; no hay duda que cuando pueda vivir descansadamente y sin sujecion á las locuras públicas, nos pasará con alguna ópera, pero por ahora deploramos la suerte del compositor ultra-pirenáico, y aunque aplaudimos su música, sentimos que sirva para frivolidades y barbarismos.

En cuanto á la pintura, está decaida completamente; á pesar de las exposiciones verificadas en Zaragoza, en Barcelona y en Reus, nadie fija la atencion en los cuadros, nadie los compra, nadie distingue los buenos de los malos, para dar gloria á los artistas, ya que no provecho.

La única que vive es esa pintura fá-

cil y ligera, la caricatura, que al principio chispeante y ahora insulsa, se ha introducido por todas partes y ha borrado con sus huellas las del sentimiento artístico. El mal que han hecho los bufos á la literatura, lo han hecho las caricaturas á la pintura.

Ya que no obtienen proteccion del gobierno ni de la espontaneidad del público, asóciense los artistas, formen colecciones de cuadros, vayan exponiéndolos de pueblo en pueblo, procuren despertar el ánsia general, llamar la atencion, entusiasmar, y á medida que pase el tiempo, las costumbres se educarán artísticamente.

La escultura y la arquitectura se arrastran tambien enfermas, y en vano padecen horriblemente; nadie va á socorrerlas y á reanimarlas. El huracan de la revolucion derribó algunos monumentos notables, y aunque sabemos que quitando el nido no se quita el pájaro, los que guiaron aquel huracan fueron tan incautos, que en vez de lograr algo bueno, solo perjudicaron el arte. Nosotros hemos visto caer el templo de San Miguel de Barcelona, monumento romano puro, el mejor en su clase de los que existen en España, y sobre las ruinas hemos visto posarse la barbarie, que algunos llaman despreocupacion, y que no es más que el mal gusto confundido con el vicio y con la ignorancia.

Entre algunas chispas que han brotado de la tempestad, por la cual atravesamos, podemos citar las obras de Julio Verne y el *Drama Universal*, que ya hemos encomiado.

La hojarasca ha abundado como puede suponerse, y en cuanto á las obras de mérito, como no han respondido al gusto general, han pasado desapercibidas, y así pasarán hasta tanto que Dios transforme el actual estado de cosas.

JOSÉ MARTÍ FOLGUERA.

ALMANAQUE RECREATIVO.

DE VUELTA DE LOS BAÑOS.

Episodio Bufo.

—¿Con que ya de vuelta, marquesa?
—Sí, baron.
—¿Se habrá Vd. divertido mucho?
—Muchísimo.
—¿Biarritz?
—Como siempre.... el *rendez-vous* de la aristocracia, lo más encantador del mundo.
—Usted es entusiasta.
—Adoro á Biarritz con vehemencia.
—Pues se dijo al principio que estaba algo desanimado.
—Como corrieron rumores alarmantes... pero amigo, despues acudió mucha gente. Ya se ve, los baños de Alemania, con los fusiles de aguja por un lado, y con la epidemia por otro, han estado desiertos, y lo que ellos han perdido lo ha ganado Biarritz. Y Vd., baron, ¿cómo ha pasado el tiempo?
—Yo no he salido de Madrid.
—Mucho calor, ¿no es verdad?
—Al contrario, este año no ha sido el verano rigoroso. Despues de aquellos dias de Junio en que hizo tanto calor, se refrescó la atmósfera, y hemos podido vivir muy bien.
—¡Calle Vd. por Dios! Vivir bien en Madrid en Julio y Agosto.
—Hemos tenido en el jardin del Retiro magnificos conciertos preparados y dirigidos por Skodopolhe.
—Algo es, pero Biarritz...
—Hemos tenido brillantes recepciones en Carabanchel y en la Alameda, y no fal-

taban damas aristocráticas en torno de la amable condesa de Montijo.

—Solo así se comprende un verano en Madrid.

—Y el marqués, ¿ha salido?

—Creo que sí.

—Supongo que no se habrá separado de Vd. un momento... ¡la ama á Vd. tanto!

—Es verdad que no se parece á todos los maridos; pero con todo, hemos vivido separados más de un mes.

—¿Cómo es eso?

—A mediados de Agosto fué á hacer una excursion á varios pueblecillos de la costa cantábrica, y no le he visto hasta el dia 20 del actual.

—¿Fué á Biarritz á buscarla á Vd.?

—Precisamente.

—¿Pero Vd. le habrá perdonado?

—Tengo tanta confianza en él...

—¿Y aquella alhaja que tenia, aquel famoso ayuda de cámara que en su concepto era el *non plus ultra* de los Leporellos modernos?

—¿Martín?

—El mismo.

—¡Ay amigo! ¿Qué chasco nos llevamos con él... ha tenido que despedirle!

—¿El fénix de los ayudas de cámara?

—El y la cocinera se quedaron custodiando la casa durante nuestra ausencia, y aquí donde nos vé Vd., el dia que llegamos tuvimos que esperar dos ó tres horas en casa de un vecino, porque con el deseo de sorprenderlos no les avisamos, y los dos se habian ido, no sé si en amor, pero sí en compañía, al baile de *La Sirena del mar*.

—¿Pero la casa?

—Estaba cerrada.

—¿Es decir, que los cogieron Vds. *in fraganti*?

—No es eso lo peor, sino que Martín se habia adornado con uno de los mejores

fracs de mi esposo y la cocinera con uno de los trajes que me hizo Honorina el invierno pasado.

—Doble delito.

—Con circunstancias agravantes, porque para adquirir estas prendas habian tenido que forzar las cerraduras de dos armarios.

—¿Y Vds. los despedirian?

—Aquella misma noche no, por no quedarnos solo con la doncella que me acompañaba, pero al día siguiente... ¡Oh! el marqués tuvo un disgusto grande.

—Lo creo.

—Unos criados en los que habiamos depositado toda nuestra confianza.

—Calle Vd., marquesa, el ramo de sirvientes...

—Sí, es un ramo que siempre está en otoño.

—Ellos, segun la feliz expresion de Espronceda, son como las ilusiones, hojas caidas.

—Con la diferencia de que nosotros somos su juguete.

—Señora, interrumpe en esto la doncella; ahí ha venido una anciana que deseaba ver al señor marqués.

—Ya le habrá Vd. dicho que no está en casa.

—Sí, señora, pero me ha dicho que necesita hablar con V. S.

—¿Le ha dado á Vd. tarjeta?

—No, señora.

—¿Ha dicho su nombre?

—Tampoco.

—En ese caso, ¿por qué nos interrumpe Vd.?

—Ha indicado con insistencia que desea hacer á V. S. una revelacion.

—Bien está, que espere en la antesala... dígame Vd. que en este instante estoy muy ocupada.

La doncella se va.

—¿Quieren hacer á Vd. una revelacion!... Eso parece un capítulo de novela.

—Estoy ya tan acostumbrada á esas escenas, en las que todo se resuelve con un doblon ó un billete de Banco.

—No siempre tienen ese desenlace.

—Generalmente sí.

—¿Con que su esposo de Vd. ha estado un mes ausente?

—Es Vd. malicioso si los hay.

—¿Yo, señora?

—Luego dicen Vds. que las mujeres somos intencionadas.

—Dios me libre de profesar ese principio, pero la dejo á Vd., porque estará usted impaciente.... Sobre todo, marquesa, mucha serenidad. Adios.

—Adios, baron.

Un minuto despues apoya la marquesa su sonrosado indice en el boton de marfil de una campanilla eléctrica, y se presenta la doncella.

—Que pase esa señora.

La señora, de unos cincuenta y tantos años, y modestamente vestida, entra en el gabinete.

Es el tipo de una de esas señoras mayores que no se ven en Madrid mas que el día del Córpus, el Dos de Mayo, y durante el verano por las noches en la plaza de Oriente; por supuesto que cuando se la vé vá acompañada de una ó dos jóvenes de las que juegan en las noches de invierno en sus casas á la peregila, ó á prendas, y de las que en el verano se arreglan con un velo económico y un vestidito de *barege* de 50 rs. el corte.

En Cádiz se califica á esta gente de *cur-si*: en Madrid está por calificar.

—¿Qué se le ofrece á Vd., señora? pregunta la marquesa.

—¿Conoce Vd. esta tarjeta? dice la anciana con acento breve y seco.

—Es de mi marido.

—¿Conoce Vd. este pañuelo?

—Tiene las iniciales de mi esposo y una corona.... es suyo: ¿pero qué significa?....

—¿Conoce Vd. esta petaca?

—Sí por cierto; es un regalo que hice á mi esposo el día de su cumpleaños; pero sírvase Vd. aclarar este enigma.

—Este enigma significa que su esposo de Vd. es un mal caballero.

—¿Cómo se entiende!.... señora.

—No me retracto, es un mal caballero.

—Poco á poco.

—Me esplicaré, y cuando Vd. sepa todo lo que ha pasado, será de mi opinion. En primer lugar, diré á Vd. que yo ignoraba que fuese casado; pero al preguntar por él me dijo la criada que solo estaba la señora, y quise ver á Vd. para poder decirle lo que le he dicho.

—Pero, esplíquese Vd.

—¡Ay! señora.... no sé si tendré fuerzas bastantes.... Es una picardía lo que ha hecho con nosotras.

—¿El marqués?

—Sí, señora, el marqués.

—Hable Vd., mujer de Dios... hable Vd.

—Pues como iba diciendo, á mediados de Agosto salimos una noche mi hija y yo, mi Paulina, que es una bendita y bastante agraciada.... mejorando lo presente.

—Prosiga Vd.... á mediados de Agosto...

—Salimos, como digo, á tomar el fresco y nos sentamos en uno de los bancos de los jardines de Recoletos. Yo no llevaba dinero suelto, y luego, que los bancos son muy cómodos.

—Bien, ¿pero qué pasó?

—Pasó, que mi hija tuvo sed, y como yo no llevaba suelto, la oyó un caballero que estaba sentado en una silla cerca de nosotras, y se empeñó en que Paulina tomase un vaso de agua con azucarillo.

—¿Y despues del agua?

—Entró en conversacion con nosotras, y le dijo á mi hija que era muy guapa.

—Con lo cual se ruborizó la joven y el caballero pidió á Vd. permiso para acompañarlas, ¿no es eso?

—Justamente, y nos pareció una persona muy fina.

—Demasiado fina tal vez, añadió la marquesa desgarrando el pañuelo de encaje que tenia en la mano, y cambiando de tono; acabemos de una vez, señora, dijo con seriedad.

—El caballero nos entregó al despedirse esa tarjeta; al día siguiente fué á visitarnos, y como tenia inclinacion á la niña y le creiamos soltero, la niña despidió á un novio que tenia, que estudiaba para maestro de escuela....

—¿Y soñó casarse con el marqués?

—Nada tendria de extraordinario, otras con menos.... En fin, á los diez dias de conocernos regaló á mi hija ese pañuelo con sus iniciales y su corona; á los quince dias....

—Basta, señora, basta.

—A los veinte y cinco se dejó olvidada la petaca, y á los treinta desapareció...

—Para ir á buscarme á Biarritz... ¡esto es horrible!

—¿Usted no sabe hasta qué punto es horrible!

—Todo me lo figuro.

—Sí, pero...

—Señorita... el señor marqués, dijo la doncella entrando precipitadamente y volviendo á marcharse.

—¿El marqués!... me alegro, voy á confundirle, voy á anonadarle... entre Vd. en ese cuarto, señora.

—¡Yo!

—Sí... en seguida.

—Pero...

—Nada... nada... ya la llamaré á Vd. á su tiempo.

El marqués penetró en el gabinete tarareando un aire de *La Traviata*.

—Esposa mia! dijo acercándose á su cara mitad.

—Caballero... yo no soy su esposa de usted.

—¿De cuándo á acá?

—¿Conoce Vd. esta tarjeta?

—Es mia.

—¿Y este pañuelo?

—Es mio.

—¿Y esta petaca?

—La que me regalaste el día de mi cumpleaños; por cierto que se me había perdido y cerebro en el alma que vuelva á mi poder.

—¿Conque se le había perdido á Vd.?

—Sí, mujer... pero, ¿quieres decirme qué significa esto?

—Significa que es Vd. un mal caballero.

—¡Yo!

—Que cuando dice Vd. á su esposa que va á la costa del Cantábrico, se viene usted á Madrid.

—¿Estás en tu juicio?

—Y frecuenta Vd. por las noches los jardines de Recoletos.

—¡Yo!

—Usted, sí; y paga Vd. un vaso de agua y un azucarillo, ¿lo oye Vd.? un azucarillo á una joven honrada.

—¿Qué disparates!

—Y va Vd. á su casa, y le dá su tarjeta, y le regala Vd. un pañuelo, y á los veinte y cinco dias se deja Vd. en su casa la petaca.

—¿Hablas de veras?

—Es Vd. un seductor, un mal marido, un... y yo, que tenia en Vd. toda mi confianza, yo que incurria en el mal gusto de amarle. Mañana mismo me acompañará usted á casa de mis padres.

—Pero mujer, no te acalores de ese modo; estás equivocada, yo no he salido de la costa...

—¿En la costa! No en vano dicen que hay moros en la costa...

—Sí, pero yo he estado en la de Cantabria.

—¿Se atreve Vd. á negar su crimen despues de presentarle las pruebas?

—¡Pruebas! ¡una tarjeta y un pañuelo que han podido sustraerme, una petaca que he podido perder!

—Aun me queda otra prueba más fehaciente: esa sí que no tiene réplica.

—¿Y en dónde está esa prueba?

—En ese cuarto... salga Vd., salga usted, señora, y confunda al culpable.

La mamá de la niña se presenta, y sorprendida,

—Caballero, beso á Vd. la mano, dice saludando al marqués.

—A los piés de Vd., señora.

—¿Cómo! ¡qué! ¿no confunde Vd. á mi marido?

—Señora, este caballero no es su esposo de Vd.

—¿Que no soy?...

—¿Que no es?...

—No, señora, este caballero no es el marqués.

—¿Será posible? ¿Con que tú? ¿Con que él?

—¿Te convences, mujer?

—¿No se dejó este caballero la petaca en su casa de Vd.?

—No señora; esta es la primera vez que tengo el gusto de verle.

—¿Lo estás viendo?

—Pues entonces, ¿quién ha sido?

—Señorita, señorita, entra diciendo la criada; el dependiente del fotógrafo ha traído estos retratos.

—¡Son suyos! ¡ah, son suyos, no se me despinta la cara! exclama la señora toman-

d o las fotografías de manos de la doncella.

—¿Qué dice Vd.?

—Digo, señora, que este es su marido de usted.

—Pero mujer...

—Este es el marqués...

—Este quien es, dice el marido de la marquesa, es el bribon del ayuda de cámara á quien he despedido hace tres días y ahora lo comprendo todo.

—Y yo tambien, esposo mio; pero me he llevado un susto...

—¿Era un ayuda de cámara!

—Sí, señora, un truhan de siete suelas.

—¿Qué desengaño!... ¡y pensar que dejamos á un futuro maestro de escuela por un ayuda de cámara!

—Bien empleado le está á Vd. y á su inocente niña...

La señora se fué, y los dos esposos quedaron solos.

—¿Te has convencido de mi inocencia? ¡yo el marqués.

—Sí, bien mio; ¿me perdonas?

—Con toda el alma.

—Señorita, el baron... dice la doncella anunciando al primer interlocutor de la marquesa.

—Que fastidio... dile que no estamos en casa, y ya lo sabes para todos los que vengán esta noche.

La doncella, que tambien es de confianza, sale al recibimiento y pronuncia esta frase:

—Mis señoritos dicen que no están en casa.

Cambien Vds. el título de marquesa por otro, supriman Vds. algo de la forma, y en el fondo de lo que he tenido el gusto de contarles, hallarán uno de los más recientes misterios de Madrid.

JULIO NOMBELA.

LA CUEVA DE LAS CALAVERAS.

CUENTO.

I.

Yo vivía hace algunos años con mi abuelo en el solitario pueblo de Pancorbo.

La casa en que vivíamos tenía un hermoso jardín, donde crecían violetas, albahacas y pensamientos, en amor y compañía con los rábanos y lechugas, que mi pobre abuelo solía sembrar.

Item más, había en este jardín una frondosa parra, á cuya sombra nos sentábamos á charlar mi abuelo y yo, despues de haber comido ambos en santa paz y concordia.

Un día que estábamos, como de costum-

bre, bajo la mencionada parra, mi abuelo me contó la siguiente historia, la cual es una de las muchas anécdotas de su juventud.

II.

«Todos creen que el miedo es la negación del valor, me dijo.

Yo creo que el miedo, ese hijo maldito de la preocupación y de la ignorancia, consiste en los errores y mentiras que nos meten en la cholla en los primeros años de nuestra adolescencia.

Hay hombres que marchan con la frente serena y con ánimo resuelto por entre una lluvia de balas, que pasan silbando por encima de su cabeza, y que no cruzarian un cementerio en las tinieblas de la noche, aunque le pagasen por ello más pesetas que victimas ha causado el cólera morbo.

Por el contrario, hay otros que son capaces de dormir en el fondo de una fosa de cadáveres, y que cuando ven una *salamanquesa* dan un brinco hácia atrás, con más miedo que si hubiesen visto ante sus ojos al mismísimo Lucifer en esencia y presencia.

En Alcalá de Henares, en cuya ciudad me hallaba de guarnición cuando era soldado de carabineros de caballería, estaban haciendo algunas escabaciones en un terreno próximo al cuartel.

El terreno de que te hablo había formado parte de un antiguo cementerio, á juzgar por los cadáveres que los trabajadores encontraban al escabar la tierra.

La autoridad, pues, mandó abrir cerca de allí una profunda cueva, para depositar aquellos mortales despojos, ejemplo de las vanidades del mundo, de la grandeza y poderio de que hacen alarde los hombres que no atesoran en su corazón más que el orgullo y el desprecio á sus inferiores.

Una noche estaba yo hablando en una de las cuerdas del cuartel con varios carabineros de la guarnición.

Tratábase á la sazón de la cueva que se había practicado para guardar los cadáveres.

Todos ellos, menos yo y algunos hombres sensatos que allí estábamos, manifestaban un miedo supersucioso sobre la inesperada vecindad, santiguándose llenos de pavor al hablar de los muertos que habían sepultados en la cueva.

Yo, que jamás en mi vida he creído en fantasmas ni aparecidos, me mofaba á boca llena de sus ridículas aprensiones.

—¿Apuesto á Vd. lo que quiera, me dijo el trompeta Fernandez con aire de incredulidad, á que no va Vd. esta noche á las doce á sacar una calavera de la cueva, ya que tanto se la echa Vd. de valiente?

—¿Qué apuestas á que voy y saco una

calavera? le contesté con ese tono resuelto que infunde el amor propio.

Todos los circunstantes fijaron en mi una mirada de asombro.

Un breve instante de silencio sucedió á mis palabras.

¡Ahí es nada! ir á una profunda cueva á sacar una calavera á las doce de la noche, cuando todo yace en el más completo silencio, en la hora en que el ruido más mínimo nos suele helar la sangre en las venas!...

¡Pues á donde vamos á parar! ¿Qué tiene que ver con este rasgo de heroísmo el ponderado valor de los señores Julio César, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés y demás héroes cuyos nombres ocupan las más bellas páginas de la historia?

Cuando te digo que aquellos hombres me miraron atónitos, creyendo que padecía sin duda algun acceso de fiebre, comprenderás que todos estos guerreros son niños de teta comparados conmigo.

Despues de un momento de pausa, exclamó el trompeta:

—Digo y repito que no tendrá Vd. valor para eso; de todos modos, el que pierda la apuesta pagará media docena de botellas de vino á todos los que estamos presentes.

—¡Corriente! á las doce y cinco minutos ha de estar aquí la calavera, conque prepárate á aflojar la mosca.

—Eso lo veremos, contestó el trompeta con acento burlesco.

El reloj de la iglesia empezaba á dar las doce.

A la primera campanada me atusé el bigote y la perilla, y me dirigí con seguro paso y provisto de una escala, hácia la cueva que servía de cementerio provisional.

III.

La noche estaba nebulosa y oscura como boca de lobo.

Todo yacía en el más profundo silencio. Yo llegué á la embocadura del osario.

Apoyé el extremo inferior de la escala sobre las osamentas y descendí hasta el fondo de la temible cueva.

La oscuridad que me envolvía, la soledad, el reposo que allí reinaba, la idea de que me hallaba entre calaveras y otros fragmentos de esqueletos, me causaba cierto pavor, cierto respeto inexplicable.

Sin embargo, ya no era posible retroceder, y me agaché maquinalmente para coger una calavera, que era el objeto convenido; pero tiente por aquí, tiente por allá, mis manos solo palpaban fémures, tibias ó costillas de esqueleto.

Preciso es confesar que durante esta operacion un ligero temblor conmovió todo mi cuerpo.

Por último, al cabo de algunos minutos mi pié tropezó con un objeto más redondo que los demás.

Era una calavera.

Un estremecimiento nervioso heló la sangre en mis venas.

Mi frente sudaba.

De pronto, como si me hubiera sentido avergonzado de mí mismo, cogí la calavera del suelo, pasé los dedos de mi mano por las cavidades de los ojos de la calavera, y comencé á subir por la escalerilla, murmurando:

—Pues señor, el trompeta Fernandez se ve precisado á pagar las seis botellas de vino.

Pero cuando mis piés tocaban ya el extremo de la escalera, una voz cavernosa, triste y lastimera, salió del fondo de la cueva.

Aquella voz decía:

—¡Miserable mortal... sacrilego!... ¿por qué vienes aquí á mortificar los despojos de mi cuerpo? ¡Miserable mortal sacrilego! ¡suelta mi calavera!...

Yo me detuve asustado.

En seguida sentí que la escalera vacilaba á mis piés á impulso de un sacudimiento vigoroso.

—¡Suelta mi calavera! ¡suelta mi calavera!... repetía aquella voz lamentable.

Y la escala era cada vez sacudida con más fuerza.

Durante algunos momentos mi imaginacion se ofuscó de tal manera, que creí hallarme en la mansion de los muertos.

¡Tal era mi estupor!

Pero luego al miedo siguió el coraje, y arrojando la calavera al fondo de la cueva con toda la fuerza de mi brazo, exclamé desesperado:

—¡Ahí tienes lo que deseas, maldito. Déjame ahora en paz.

Un grito terrible, angustioso, contestó al violento choque de la calavera.

Aquel grito me infundió de nuevo pavor. Sobrecogido, pues, por el terror, gané por último el borde superior, y eché á correr hácia el cuartel, pálido y cubierto de un sudor frio.

Llegué á la cuadra donde estaban mis amigos esperando el resultado de la fúnebre expedicion.

Yo les conté el horrible incidente.

El espanto se dibujó en todos los semblantes.

—¿Pero á donde está el trompeta? se preguntaron todos echando de menos á Fernandez.

—¡Bah! dije yo, aquel tunante tendrá miedo de perder la apuesta y se ha ausentado.

Y como mi aventura había desconcertado á todos sobremanera, nos dimos las noches y nos retiramos á dormir.

Pasé la noche más aterradora que puedes imaginarte.

Más de dos horas estuve sin poder pegar los ojos.

Por fin me dormí, pero aun en el sueño veía cruzar ante mí, perderse y volver á pasar, un fantasma que llevaba medio vuelta en su túnica blanca, una calavera que me causaba espanto.

IV.

Al día siguiente, á la hora de comenzar los trabajos, encontraron los obreros al trompeta Fernandez tendido en el fondo de la cueva.

Estaba muerto.

Yo, al arrojar con fuerza la reclamada calavera, había roto el cráneo al pobre trompeta, el cual, para meterme miedo y ganar la apuesta, había ido allí antes de las doce á remedar la voz de los muertos.

Aquella aventura causó tal impresion en mi alma, que en mucho tiempo no pudo borrarse de mi memoria.

RICARDO ZAPACCOIS.

LA ESCALA CROMÁTICA,

novela póstuma de

LUIS GARCÍA DE LUNA.

I.

No hace muchos años que en una capital de provincia de tercer orden, vivía un muchacho apreciado generalmente por la viveza de su ingenio y las excelentes cualidades de su corazón. Los amigos que le trataban con alguna intimidad decían de él que su único defecto era el orgullo, y se lo dispensaban porque convenían en que la humildad no ha sido nunca distintivo de las almas grandes, por más que el mundo les obligue á veces á cubrirse con el manto de la hipocresía.

Luis de Utrera, que así se llamaba el joven con quien vamos á trabar conocimiento, no disponía de otros bienes que sus generales simpatías, las cuales, constituyendo un patrimonio para el alma, dejábase el cuerpo en la más dolorosa orfandad. No es extraño, la amistad de los hombres suele ser fecunda en dulces sentimientos, pero estremadamente estéril cuando sus manifestaciones pasan del corazón al bolsillo.

Un día Luis de Utrera tuvo la idea de compararse con los demás jóvenes de su edad, amigos y conocidos, y le pareció que

valía infinitamente más que todos ellos; á todos los veía resignados con la vida monotoná y oscura de la provincia, él se sentía capaz de las más altas empresas; parecíanle estrechos los horizontes que le rodeaban y pobre y mezquino el aire que tenía á su disposición para respirarlo. De este estudio comparativo resultó la ambición que no tardó en apoderarse de nuestro joven como señora absoluta.

Si basta la ambición para impulsar al hombre á acometer y realizar grandes empresas, calcúlese cuál será su fuerza impulsiva cuando viene acompañada del amor. Luis de Utrera sintió á un mismo tiempo ambas pasiones: no se ha dado caso de que un mal haya venido solo.

Y fué que la mirada indagadora que Luis había dirigido á la juventud de su pueblo para poder apreciarla en lo que realmente valiese, pasó desdeñosa por el sexo masculino y se detuvo suspensa y admirada en una muchacha graciosa y linda como sus diez y nueve años, con unos ojos que á veces estaban pidiendo la ocasión de amar, y una boca que hubiera podido servir de nido á las tres Gracias.

Ver Luis á Andrea y penetrar hasta en lo más íntimo de su corazón, fué obra de un momento. Aquella mujer había nacido expresamente para comprenderle y era como él en el fondo de la ignorada provincia, una especie de planta exótica; su espíritu debía ser por lo menos tan superior como el de Luis, su fortaleza inquebrantable, su abnegación inmensa, sus aspiraciones nobles y elevadas. En una palabra, Andrea era el complemento moral de Luis, y así lo comprendieron ambos jóvenes, y persuadidos de esta verdad no tuvieron que hacer otra cosa que echarse en brazos del destino y amarse con tanto entusiasmo como poca reserva.

II.

Escusado me parece decir que estas dos almas superiores por serlo tanto no abrigaron pensamiento alguno que pudieran reprobar la moral y las buenas costumbres. Andrea y Luis pensaban en unir su suerte no por el solo arbitrio de la voluntad, sino sujetándola con los lazos que ata la poesía y que solo puede desatar la tumba.

¿Y cómo conseguirlo? Andrea era tan pobre como Luis, y de Luis ya sabemos que vivía poco menos que desamparado. ¡Oh! es horrible esto de tener la felicidad delante de los ojos y no poder alcanzarla con la mano. ¿Qué necesitaba aquella enamorada pareja para ser completamente feliz? Muy poca cosa. Todos los sueños de ambición se habían desvanecido por el momento: con un cura que los casase, un techo mo-

desto que les diera abrigo, algún dinero, muy poco, para atender á las necesidades más perentorias de la vida, y un rincón donde gozar de sus amores, olvidados de todos, tenían bastante y aun de sobra.

La firmeza de la voluntad, que allana obstáculos formidables, venció muy pronto estos pequeños inconvenientes. Luis, que se tenía por el ser más abandonado del mundo, recordó que aun le quedaba en Madrid como resto de las antiguas relaciones de su padre, un amigo que tenía de tal algo más que el nombre, según lo demostraban mil pruebas recibidas de afecto, y que ocupaba en la corte elevada posición.

Le escribió una carta tan sencilla y tan conmovedora, que hubiera bastado para enternecer á las piedras, y aguardó la contestación, á la verdad muy poco confiada en la constancia de la amistad en los hombres, y menos en los favores de su fortuna.

Pero contra toda racional esperanza y contra el orden natural de las cosas y de los afectos, aquel antiguo amigo de su padre le contestó á los pocos días enviándole la credencial de oficial cuarto de aquel gobierno de provincia, con el haber anual de seis mil reales.

Poco faltó para que Luis se volviese loco de alegría: en breve tiempo ahorró el dinerillo que necesitaba para los gastos de la boda y los que pudiéramos llamar de instalación; y dueño ya de la mano de Andrea como lo era de su alma, buscaron una casa modesta donde alojarse, y en ella sin ambiciones que devorasen el corazón, sin afán de lujo ni de grandes comodidades, sin cuidarse del mundo y sin que el mundo se cuidara de ellos, vivieron tan felices que no hubieran trocado su existencia por la del monarca más poderoso.

Gozaban del amor y de la paz del alma, que son las dos grandes bendiciones que el cielo puede dispensar á los hombres, y dichosos con su presente, ni les atormentaba su pasado, ni sentían mortales inquietudes por las eventualidades de lo porvenir.

III.

El hombre honrado que solo vive para su familia y sus obligaciones, disfruta como es natural del aprecio y la consideración de las gentes. Luis que era un excelente empleado, estaba garantido contra las cesantías por el alto concepto en que le tenían sus jefes, y como no se mezclaba en política, ni quería mezclarse, limitándose á obedecer al gobierno sin tener en cuenta qué partido lo representaba, le sucedió un día que tuvo ocasión de prestar un servicio á cierto diputado de la provincia, y en recompensa recibió un ascenso de mil reales anuales, pero ascenso al fin; otro día el servido fué otro diputado de color

diferente, y si embargo la recompensa fué semejante.

Por su parte, el gobernador de la provincia, prendado de la inteligencia, el celo y la aplicación de Luis de Utrera, le recomendó eficazmente al ministro y le hizo su secretario particular. La recomendación coincidió con un arreglo de empleados, y Luis de Utrera fué ascendido á una plaza dotada con diez mil reales de sueldo.

No hay palabras en ningún idioma que puedan expresar la inmensa alegría con que Luis comunicó esta noticia á su esposa; saltaban de alegría como dos micuelos, y en verdad no era para menos el caso. Si habían vivido muy felices con tristes seis mil reales, ¿cuál no sería la felicidad de aquella enamorada pareja teniendo la fortuna poco menos que doblada?

—Verdaderamente, dijo Luis á su esposa, nuestra mucha resignación merecía esta recompensa. No sé cómo hemos podido vivir con solos seis mil reales; justo es que desde hoy disfrutemos algo más de la vida. La confianza que me dispensa el gobernador me impone ciertos sacrificios; no puede uno presentarse en la ciudad siempre con el mismo traje, ni estaría bien que dada la categoría de mi destino, viviésemos como miserables escribientes.

A Andrea le parecía muy fundado este razonamiento de su marido, y ofreció poner cuanto estuviera de su parte para establecer la debida armonía entre el cambio de posición y el comportamiento exterior que ambos debían tener para que el mundo no pudiera censurarlos.

Nadie habrá á quien le estrañe este principio de ambición en los dos esposos. El hombre lo mismo aspira al progreso moral que al material, y en cuanto á la mujer, por sabido se calla que siempre está dispuesta á secundar planes tan discretamente meditados como los de Luis de Utrera.

IV.

Hechos los que ahora pudiéramos llamar gastos de representación, y ajustado escrupulosamente el balance, observó Luis que á pesar de haber tirado de las riendas al deseo para que no se desbocase, había invertido en trapos y en los muebles más precisos para cubrir las esterioridades que reclama el mundo de las personas que ocupan cierta posición, una cantidad mayor que el aumento de haber, debido á sus dos ascensos. Por primera vez en su vida se estremeció ante la elocuencia irresistible y desgarradora de los guarismos; pero sus nuevas satisfacciones le embriagan hasta el punto de ponerle una venda en los ojos para que no pudiera distinguir las tempestades que sordamente se iban amontonan-

do en los antes tan tranquilos horizontes de su vida.

La fortuna es incansable, lo mismo cuando protege que cuando persigue con sus rigores. Luis de Utrera se remontaba más cada día con las alas protectoras de esta diosa inconstante. Ya nada había en él que denunciase á aquel empleado modesto y laborioso, cuya única felicidad consistía en sus virtudes, en el amor que profesaba á su esposa y en el que su esposa le profesaba. Antes, es verdad, se movía en un ámbito muy estrecho, pero el sol de su felicidad no encontraba cuerpo alguno que le hiciese sombra; ahora el mundo entero le parecía pedestal mezquino para su grandeza.

Como antes se había medido con la juventud de su oscura capital de provincia, tuvo la osadía de medirse con sus generosos protectores, y se encontró tan grande como ellos, y aun le pareció que en la protección dispensada no era todo generosidad, sino un poco de egoísmo y otro poco de justicia tributada á sus cualidades eminentes.

La semilla de la ingratitud no dejó de dar su obligado fruto de rivalidades peligrosas. Los antiguos sentimientos que en otro tiempo hacían tan amable el corazón de Luis se fueron adormeciendo poco á poco, y aprovechándose de este descuido las pasiones no tardaron en asomar su repugnante cabeza. Parecía á Luis que un hombre de su valer no había nacido para vivir olvidado en una oficina entre el farrago de los expedientes, y pensó en realizar el alto destino para que la Providencia le tenía sin duda reservado. Le pareció que la política le abriría de par en par las puertas que conducen á todas las vanidades humanas, y fundó un periódico y se hizo nombrar diputado, y por supuesto renunció el destino, y entró en la vida de los negocios en grande escala, y lo mismo estuvo á punto de ser un gran banquero que un mediano ministro.

Los hombres públicos no se pertenecen; mucho menos pueden pertenecer á sus amigos y á su familia; los negocios y la política son dos monstruos horribles que no tienen entrañas. Desde que empezó á cambiar de vida, Luis no vió en la amistad más que una especulación como otra cualquiera. Las mil atenciones de que estaba constantemente rodeado ya en la Bolsa, ya en el Parlamento, ya en esa actividad incesante que es para ciertos hombres una especie de esclavitud, no le dejaban tiempo para nada; por otra parte Andrea tenía también sus ocupaciones; propias; los hijos de aquel matrimonio que de tal manera daba los primeros pasos en el camino de la disolución material, acaso para entrar en la moral muy en breve,

andaban dispersos; este viajaba por Europa para completar su educación, aquel empezaba á recibirla en la estrecha cárcel de un colegio. No exajeraba, pues, Luis cuando decía á sus aduladores, creyendo de buena fé que se daba importancia con la frasecilla:

—Yo no veo en mi mesa mas que platos y rábanos.

Hemos dicho que Andrea tenía también sus ocupaciones propias. ¿Reducíanse acaso mas en otros tiempos en prevenir, no ya las necesidades, sino hasta los mas insignificantes caprichos de su esposo, á estudiar qué frase cariñosa podría hacerle en el alma impresión más profunda para que su recuerdo le fortaleciese en las rudas agonías del trabajo, ó bien á preparar su tocado con inocente coquetería, para hacerle olvidar sus penas viéndose al lado de una mujer hermosa, buena y enamorada?

¡Ah! No. De las necesidades y de los caprichos de Luis cuidaban manos mercenarias con esa fría indiferencia que solo puede obtener el dinero; si Andrea estudiaba frases, era para acreditar su ingenio en la tertulia; y si cuidaba de su tocado era para que la tuvieran por hermosa, por reina de la voluble moda. Sus ocupaciones consistían en ese ocio en que viven las damas de cierto rango, esclavas de todo lo superfluo, de todo lo nocivo, ocio que apenas les deja tiempo para conservar terso y brillante el fanal delicado de su pureza.

A nueva vida nuevas costumbres: nada mas natural que este cambio, esa faz de Luis y Andrea, puesto que de su vida antigua no conservaban ya ni el recuerdo.

V.

Un día la fortuna se volvió de espaldas, ó al menos así se lo pareció á Luis de Utrera. Aconteció en Europa una de esas conmociones que á nadie extrañan, porque han llegado á constituir el estado normal de las sociedades modernas; Luis, que profesaba la máxima de que el dinero se ha hecho redondo para que rueda, se había interesado por enormes cantidades en una jugada de Bolsa, no sabemos si al alza ó á la baja. La Bolsa bajó ó subió, tampoco lo sabemos; solo nos consta que con aquel vaiven la fortuna de Luis bajó tanto que quedó reducida á cero. Para pagar á sus acreedores tuvo que reducir á metálico sus bienes raíces y cuantos valores conservaba en cartera. Su crédito, aunque era mucho, no hubiera bastado para salvarse del abismo de la bancarota sin estos penosos sacrificios.

Y como el mal viene siempre acompañado de inmenso séquito de calamidades, aconteció también que la conmoción europea dió al traste con el ministerio á

quien apoyaba Luis, y de quien esperaba la consolidación de su fortuna, y entró en el poder otro que se componía de enemigos capitales, que se presentó á las Cortes para disolverlas, y que dejó á Luis á un tiempo mismo y de una sola plumada sin fortuna y sin diputación.

En otro tiempo, Luis hubiera encontrado dulce consuelo para su desgracia en el seno de su amante esposa; ¿pero merecía por ventura este nombre la mujer que, siguiendo el ejemplo de Luis á todo en el mundo pertenecía menos á sus primitivos y sacrosantos deberes? A Luis le faltaba en aquel momento hasta el triste valor de anunciar á Andrea su desgracia: temblaba como si hubiese tenido que confesar un crimen: su conciencia prorumpía en vagas acusaciones, pero enérgicas y terribles; él había sacado á aquella mujer de su dichosa oscuridad; él la había llevado á un mundo que no conocía, y que la trastornaba con su atmósfera de redenciones y de encantos; ¿á quién podría reconvenir, si para volverla al mundo de la verdad no encontraba dispuestos á darle ayuda sentimientos que él mismo había debilitado con bárbara satisfacción?

Hasta aquel momento supremo de triste y desesperante solemnidad, no comprendió Luis que estando rodeado de ángeles en el mundo, había cometido la imprudencia de ahuyentarlos para crear á su alrededor el vacío. No dejó otros consejos que los de la desesperación, y persuadido de que nunca podría encontrar la paz que había huido de su pecho, decidió pedir la calma del espíritu al cañon amigo de una pistola.

Las malas nuevas corren con asombrosa rapidez; parece que van envueltas entre las miasmas del aire que se respira. Andrea tuvo noticia de la desgracia de su marido, y quedó aterrada. Precisamente para aquella noche tenía preparado su triunfo más halagüeño; aquella noche había de decidirse quién debería llevar el cetro de la hermosura, del amor, de la moda y del buen tono entre ella y una rival impertinente. El juez del campo iba á ser un joven aristócrata, famoso por la disipación de sus costumbres, y tenazmente disputado por Andrea, por su rival, y por otras muchas mujeres que se les parecían como dos gotas de agua.

Si Andrea hubiera tenido un corazón varonil también habría pedido la paz del alma al cañon amigo de una pistola.

Pero la mujer rara vez logra despojarse por completo de su naturaleza de ángel. ¡Ay de ella cuando se despoja! la mujer desaparece entonces por completo. Su mucha timidez fué en aquella ocasión su escupo formidable; quedó abismada de angustia y de desesperación; pero las emo-

ciones demasiado violentas suelen provocar crisis saludables en las enfermedades del cuerpo y en las del espíritu.

Andrea creyó haber entrado de punto en la región de las tinieblas, pero fijando más y más la atención á medida que la reflexión iba abriéndose espacio, observó que allá á lo lejos por el camino que antes seguía eran aun más densas las sombras, y alumbrada por el rayo celestial de sus buenos instintos, vió que se iba dejando á la espalda débiles y desvanecidos los brillantes resplandores que en otro tiempo inundaron su vida de felicidad y de gloria.

Pensó en Luis, pensó en sus hijos, pensó en sí misma, en su rival, en el hombre que iba á decidir la criminal contienda... ¿Qué sabemos en cuántas cosas pensó aquella mujer? Sus ojos se inundaron de lágrimas, y de pronto, cruzando por su imaginación una idea espantosa, que á ella le pareció seguro presentimiento, exhaló un grito de horror, y corrió como una loca en busca de su marido.

¡Oh instinto admirable del corazón humano!

Andrea llegó á la habitación de Luis á tiempo de detener la mano despiadada que iba á disparar la pistola.

No necesitaron hablarse para comprenderse; se estrecharon entre sus brazos, y un llanto reparador, limpiando la escoria de los corazones, los dispuso á recobrar aquella felicidad hermosa que ya consideraban perdida.

LOS BAILES.

BOCETOS DIBUJADOS Á LA PLUMA.

BOCETO PRIMERO.

Baile de candil ó de agua sola.

D. Pascual es un pobre hombre, económico como nadie. Fué cabo de realistas y mozo de oficio del ministerio de Hacienda el año 32 y hoy está empleado en la fábrica del gas.

Su señora, ex-doncella de un marqués, de quien D. Pascual fué ayuda de cámara, y con la cual se casó por dar gusto á su amo, recibiendo á los cinco meses de matrimonio el pago de su condescendencia, es una jamona bien conservada que pesa ocho arrobas y tiene cuarenta y cinco años, y más valor que un cabo de gastadores.

La pobre señora, para ayudar á su marido á soportar la pesada carga de sus tres pimpollos, se hizo anunciar en el *Diario de Avisos* solicitando dos caballeros que